

CRISTINA, REY DE SUECIA

- No puedo creer que vayas a hacer eso.
- Pues tendrás que creerlo, porque ya no hay vuelta atrás. Mi decisión es firme.
- Y ¿puedo saber el motivo?
- No. Mi decisión es firme, pero para saber lo que me ha llevado a esta decisión habrá que esperar un tiempo.
- Pero la corte exigirá saberlo. Los nobles y la Iglesia exigirán saberlo. Incluso el pueblo querrá saber por qué su reina abdica.
- Pues tendrán que esperar. Todos tendrán que esperar. Se sabrá a su debido tiempo.
- Querida Cristina. Siempre has sido un espíritu libre, y sabe Dios que te ha admirado por ello. Pero creo que esto es demasiado. Incluso para ti.
- Querido Carlos. Me halaga tu sinceridad. Sabes bien que yo también te he admirado siempre, pero no insistas. Como los demás, tendrás que esperar.

Cristina de Suecia y su primo Carlos Gustavo se encuentran en sus aposentos reales. La jornada había transcurrido como tantas otras, disfrutando de su mutua compañía y de la paz y la tranquilidad de la que gozaba el país desde hacía seis años. A Cristina le gustaba pensar que en Westfalia había habido un claro vencedor, y aunque todos pensaban que había sido Francia, ella consideraba que Suecia era un lugar mucho más próspero desde entonces.

- Yo creo que es ese Descartes y sus extrañas ideas.
- Sus ideas no tenían nada de extrañas y no, no tiene nada que ver con él. René era un hombre encantador con el que aprendí muchísimo.
- Sí. "Pienso, luego existo". Menudo descubrimiento.
- No te hagas el ignorante conmigo, Carlos, que a mí no me engañas. Sé que entiendes perfectamente el fondo del asunto y, es más, estoy segura de que estás completamente de acuerdo con él.
- Pero empezaré a dudar de su famoso método si es lo que te ha llevado a abandonar tus obligaciones.
- ¿Mis obligaciones? ¿Cuáles son mis obligaciones? ¿Casarme y tener hijos?
- No me refería a esas, sino a reinar. Pero casarte y tener un descendiente para dar estabilidad a Suecia también son tus obligaciones.
- Pues las de reinar ya las he cumplido. En realidad, llevo reinando más de veinte años.

Carlos Gustavo se ríe. Su prima Cristina solo tiene veintiocho años y fue coronada hace apenas cuatro años, pero en el fondo sabe que tiene razón. Desde que murió su padre, cuando ella era solo una niña, se vio obligada a ir asumiendo responsabilidades cada vez mayores. Primero, llevar a Suecia a la victoria en el campo de batalla y, después, dejar que fueran los franceses los que cargaran con el peso de esa guerra eterna que había assolado Europa durante tanto tiempo.

- ¿Y qué va a ser de Suecia cuando tú te vayas?
- Tú sabrás. Pienso nombrarte a ti heredero al trono.
- Supongo que tendría que agradecértelo, pero ¿estás segura?
- ¿Quién mejor que tú?
- Te agradezco la confianza en mi valía.
- Espero no tener que arrepentirme, querido primo.
- No lo harás, te lo aseguro. Pero dime, ¿a qué piensas dedicarte?
- A vivir.

Su primo la mira con verdadero afecto. Siempre ha sido una mujer independiente y siempre la ha admirado por ello. Aún recuerda el revuelo que se organizó en la corte ante su decisión de montar a caballo con pantalones, como si fuera un hombre. Él es mucho más tradicional y no puede evitar mirar con recelo sus excentricidades, pero en el fondo admira su valor y su manera de afrontar la vida, sin importarle en absoluto lo que otros pudieran pensar de ella, de su forma de gobernar o de su forma de vivir.

—¿Vas a dedicarte a pintar?

—Ojalá.

—Conociendo tu pasión por el arte no me extrañaría. Quizá te conviertas en una nueva Sofonisba.

—Si tuviera su talento hace tiempo que lo habría hecho, pero desgraciadamente no es el caso. Tendré que conformarme con seguir siendo una mera coleccionista.

—¿De esos artistas italianos tan de moda hoy en día?

—Exacto. Un poco de aire fresco siempre viene bien. Precisamente, he decidido regalar al rey de España las tablas de Adán y Eva.

—No sabrán apreciarlas. Están demasiado desnudos para su gusto...

—No te burles.

Y él no insiste. No le interesa demasiado el tema del arte y sigue dándole vueltas al futuro de Suecia y de su reina. Del primero ya se encargará él, pero le intriga conocer los planes de su prima. Intentará por todos los medios tenerla cerca porque él sabe apreciar sus profundos conocimientos de la política internacional. Muchos en la corte intentarán que no sea así, por ser mujer, pero Carlos Gustavo conoce bien la formación de su prima y sabe que Suecia le debe buena parte de su estabilidad actual.

—¿Tienes ya decidido dónde residirás?

—Mi intención es alejarme de la corte lo más posible.

—¿Puedes ser más específica, querida prima?

—No mucho más. De momento me gustaría instalarme fuera del país. Espero que me des el permiso, como rey que vas a ser.

—No digas tonterías. Recuerda que de momento "el rey" sigues siendo tú.

Cristina no puede reprimir un gesto de disgusto. Fue coronada como "Rey de Suecia" hace cuatro años y todavía no termina de asimilar esa denominación. Intentó en algún momento que la reconocieran su condición de mujer, pero se impuso la tradición y con ese título fue coronada. Su primo sabe que el nombre oficial le disgusta y disfruta torturándola con ese tipo de comentarios. Pero pronto ya no podrá hacerlo más.

—Perdóname, Cristina, no quería ofenderte. Es mi forma de decir que Suecia te necesita y que no quiero que te alejes mucho.

—¿Hamburgo te parece muy lejos?

—Sí, pero podría soportarlo.

—¿Amberes?

—No está mucho más lejos, pero en el fondo es otro mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes. Demasiado tiempo bajo el dominio de los reyes españoles...

—¿Y eso es malo?

Carlos Gustavo no sabe qué responder. Su prima siempre ha sido muy atrevida, pero desde que Lutero escribió sus famosas tesis, la religión es un tema con el que no se bromea. Ni siquiera Cristina se atrevería a jugar con tan importante asunto. Su propio padre murió por la causa protestante frente a esos malditos católicos del sur. Así que él está ahora muy lejos de sospechar la verdadera causa de su abdicación.

—Cristina, me estoy empezando a preocupar.

—No deberías. Ya sabes que siempre he tenido interés en los pueblos mediterráneos, especialmente en su arte.

—¿Quieres ir a vivir a España?

—O a Roma.

—¿Roma? ¿Con el Papa?

—Con Bernini, más bien. Me gustaría mucho conocerlo. He oído hablar mucho de su obra.

—Nunca te dejarían entrar en Roma. Antes tendrías que hacerte católica.

—Es una idea. De momento esto debe quedar entre nosotros, pero ¿no querías saber mis razones para abdicar?